

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTOS.—Luisa de Lorena, por X.—Cansons populars d' Alemanya, traduccion de D. M. O. Bennassar.—¡El dinero! por don C. U. A.—El Abencerraje, novela histórica española, escrita por D. A. de Villegas (continuacion).—A. J. G., por D. F. Cañasnovas Mir.—La Picardía, por D. J. Puget y Corróns.—Epigramas, por Mefistófeles.—Cuadrado de palabras.

GRABADOS.—Arqueología. San Onofre, retablo antiguo que se conserva en S. Francisco (por D. N. Reste).—La Asuncion, retablo antiguo existente en S. Francisco, (por el mismo pintor.)

LUISA DE LORENA.

El 30 de abril de 1553, Margarita de Egmond, primera muger de Nicolás, duque de Mercœur, conde de Vaudemont, dió á luz en Nomeni, en un castillo gótico sobre las orillas del Sena á la *princesa* Luisa. Al tiempo de su nacimiento no habia ningun príncipe de la primera rama de la casa de Lorena. El duque Nicolás deseaba un hijo; Luisita fué recibida con mas resignacion que placer. Ni aun se cuidó de que se bautizase con la pompa debida á su rango, en la catedral de Nanci, ciudad donde entonces reinaba su primohermano el duque Cárlos de Lorena. Fué modestamente llevada á la pila bautismal de la iglesia Nomeni; tuvo por padrino al obispo de Toul, por madrina la condesa *Luisa de Salim*, que la dió su nombre.

Su madre enfermó de resultas del parto, y Luisa apenas tenia dos años cuando Mad. de Champy, su aya, vino llorando á buscarla para llevarla cerca del lecho de su madre moribunda. A la cabecera de este lecho ardian unos cirios, mientras un sacerdote de rodillas la encomendaba el alma. Estas oraciones repetidas con voz triste por muchas personas postradas alrededor de la cama, inspiraban terror. Luisa, á la vista

de este cuadro fúnebre, llora á gritos. Su voz parece que reanima á la enferma, que le alarga los brazos, y Luisa olvida su espanto para abrazar á su madre. Entónces la duquesa desata de su cuello una sarta de perlas que tiene pendiente una santa reliquia.

—¡Que ella te proteja como á mí me ha protegido! dijo la moribunda poniendo el collar por encima de los rubios cabellos de Luisa; no las dejes nunca.

Despues, no teniendo ya fuerzas para hablar, imprimió sus lábios sobre la frente de Luisa; é hizo señales á Mad. de Champy para que la retirase pronto, temiendo mucho que su hija la viesse morir.

El conde de Vaudemont amaba tiernamente á su muger, y con el exceso de su pesar estuvo mucho tiempo sin poder soportar la vista de la niña, cuyo nacimiento habia causado una pérdida tan dolorosa. Luisa fué, pues, enteramente confiada al cuidado de su aya. El afecto de madama Champy á su educanda se aumentó en razon del abandono en que dejaba el conde á su hija. Unicamente ocupada en cuidar de la salud de Luisa, y en formar su corazon, haciendo germinar en él la piedad fervorosa que distinguia á los príncipes de la casa de Lorena, Mad. Champy soló vivia para su educanda. Pero este afecto tan singular tenia los inconvenientes de los sentimientos apasionados; la hacia á veces injusta para con aquellos que no tomaban parte en su culto á Luisa. La señorita de Montvert, segunda aya de la jóven princesa, dependiente en su cargo de Mad. de Champy, no la contradecia en su admiracion apasionada, antes procuraba aventajarla por adulacion, tanto, que era necesario todo el buen natural de Luisa para no convertirse, á pesar del esmero perfecto del aya, en la personita mas insoportable.

Pero si las cualidades naturales nada tienen

que temer de un exceso de indulgencia, el mejor talento no puede estar al abrigo de las adu- laciones que se reciben de las personas que se aman.

El conde de Vaudemont, no teniendo hijos, debía pensar en un segundo matrimonio. Muy pronto se supo que habia pedido la mano de Juana de Saboya, hermana del duque de Nemours. Esta noticia llenó de desconsuelo el corazon de Mad. de Champy. «¡La pobre niña va, pues, á tener madrastra! exclamó. ¡Ah! que el cielo tenga compasion de ella.» Y sin pensar en la impresion que estas palabras debian producir en el ánimo de Luisa, que tenia ya cuatro años, las comen- taba sin cesar. Despues, cuando la niña la hacia preguntas acerca de la desgracia que la amena- zaba, su aya le respondia que era preciso some- terse á la voluntad de Dios, lo que calmaba los temores de la jóven princesa.

—¿Qué es una madrastra? preguntó un dia á la señorita de Montvert.

—Es un mónstruo que hace la desesperacion de las familias, respondió ésta; una mala madre, en fin.

—¡Ay, Dios mio! respondió Luisa con espan- to: ¿es, pues, una muger que maltrata á los niños?

—Con mucha frecuencia, contestó la señorita de Montvert; despues, arrepintiéndose de las preocupaciones que suscitaba, procuró debilitar- las, añadiendo que no todas las madrastras son malas: que las habia tambien muy buenas para los hijos de los maridos. Mas la impresion se ha- bia producido, y cuando el dia de la boda de Jua- na de Saboya con el conde de Vaudemont, éste ordenó á la princesa Luisa abrazar á su segunda madre, la niña huyó llorando, y nada pudo redu- cir-la á recibir las caricias de la que ella llamaba su madrastra.

Afligida por este desvío, pero hallándole muy natural, la condesa tomó contra su marido el partido de Luisa, y se opuso á que fuese puesta aquella misma noche en un convento, como el conde de Vaudemont, irritado, lo habia determi- nado.

Dos años se pasaron sin que pudiese vencer el desvío que experimentaba Luisa al acercarse la madrastra. Este sentimiento, alimentado por los clamores de Mad. de Champy, habia llegado á ser invencible; y la condesa, desesperando ya de que Luisa la amase, solamente la veia en los dias solemnes para la familia.

A la edad de siete años fué la princesa acometida de unas viruelas malignas que la pusieron

en el mayor peligro. Temiendo que sus dos her- manos menores se contagiases se la trasladó al punto al palacio de Nomeni. Encerróse en él Mad. de Champy con la enferma, sin separarse de ella ni de dia ni de noche, y cayó en tal de- sesperacion cuando los médicos la dijeron que la princesa estaba de peligro, que hubo que lle- varla desmayada á su habitacion, donde estuvo muchos dias sin poder salir á causa de la calen- tura y del delirio.

(Se continuará.)

CANSONS POPULARS D' ALEMANIA.

VII.

SOMNI DOLENT.

Anit passada, un somni
Funest vaig fer y trist:
Un romaní crexía
A dins el meu jardí:
L' hortet en cementeri
Semblá que 's convertís.

El pati era una tomba
Sense cap nom escrit:
Les flors y la corona
De colorets mustiys,
Semblava que esfullades
Queyan del romaní.

Llavors d' en una en una
Les flors jo vaig cullir
Dins una canastreta;
Mes, ay! qu' era d' or fí,
En terra me va caure
Y se va fer bocins.

Y en redolavan perles
A lloure, y entremitx
En degotavan gotes
Vermelles just robins...
¿Que voldrà di 'aquest somni?...
¿Ests mort, mon car amich?

Trad. de

M. OBRADOR BENNASSAR.

¡ EL DINERO !

¡ Maldito sea el dinero !
 No hay invencion mas vil y desdichada
 Que el oro falaguero
 Y la plata acuñada,
 El es hoy el Señor del mundo entero;
 Es su bien, es su mal; sin él no hay nada;
 Es su jugo vital; y aun tiempo mismo
 Es el cáncer que roe su organismo.

¡ Maldito sea el dinero
 Que cáusa tanto bien y tanto daño !
 Traidor y falaguero,
 Que me busca la dicha tan al paño
 Cuando está en mi bolsillo prisionero
 (Lo cual es bien extraño)
 Y solo me hace mal, el fementido
 Cuando léjos de mí, por fin, se ha ido.....

¡ Oh sublime centén, feliz moneda !
 Viejo *Félix utroque*, ¡ te maldigo !
 (Hoy nada me lo veda
 Porque hoy estoy mas pobre que un mendigo);
 Mas ¡ oh ! si á mí volvieras, aún me queda
 Para tí la amistad de un buen amigo.....
 Y juro que si vuelves, te perdono
 El daño que me cáusa tu abandono.

C. U. A.

Setiembre 1880.

EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA.

ESCRITA

POR ANTONIO DE VILLEGAS (*)

(CONTINUACION.)

«Hubo en Granada un linage de caballeros, que llamaban los Abencerrajes que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposicion y gran esfuerzo, hacian ventaja á todos los demas; eran muy estimados del Rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban, salian vencedores, y en todos los regocijos de caballeria se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podia bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra, eran regla y ley de todo el reino. Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso, ni cobarde, ni de mala disposicion: no

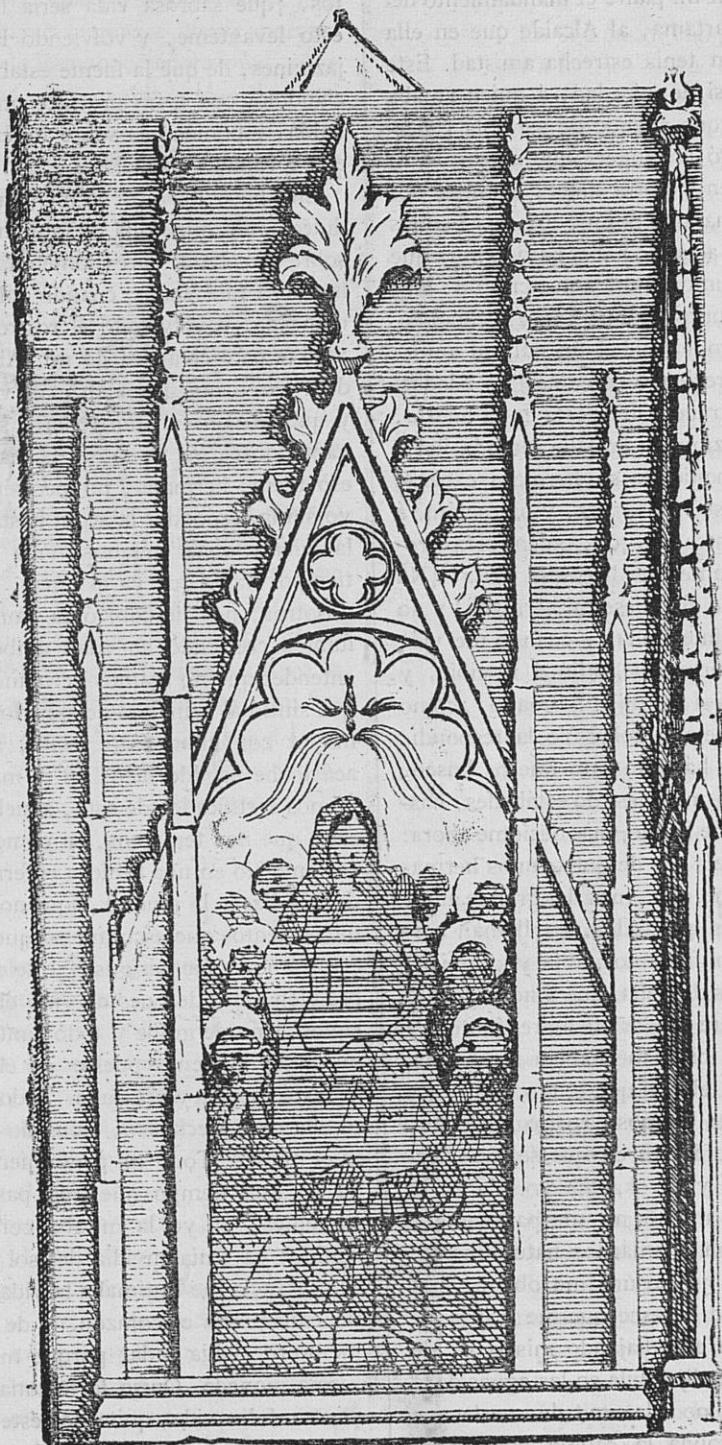
se tenia por Abencerraje el que no servia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que de esta escelencia cayesen de la manera que oirás. El Rey de Granada hizo á dos de estos caballeros, los que mas valian, un notable é injusto agravio, movido de falsa informacion que contra ellos tuvo, y quiso se decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuracion siendo verdadera, ó falsa, fue descubierta: y por no escandalizar el Rey, al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al Rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padrés que los engendraron, y las madres que los parieron, llorábanlos las damas á quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban: y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera, que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡ Ves aqui en lo que acabó tan esclarecido linage, tan principales caballeros como en él habia! ¡ Considera cuanto tarda la fortuna en subir un hombre y cuan presto le derriba! ¡ Cuan to tarda en crecer un árbol, y cuan presto vá al fuego! ¡ Con cuanta dificultad se edifica una casa, y con cuanta brevedad se quema! ¡ Cuántos podrian escarmentar en las cabezas de estos desdichados; pues tan sin culpa padecieron con público pregon, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo Rey! Sus casas fueron derribadas: sus heredades enagenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningun Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tio mio, que hallaron inocentes de este delito, á condicion que los hijos que les nasciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.»

Rodrigo de Narvaez, que estaba mirando con cuanta pasion le contaba su desdicha, le dijo: ¡ por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazon que á los Abencerrajes se hizo fue grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traicion! Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad mas y vereis cómo desde allí



S. ONOFRE, RETABLO ANTIGUO QUE SE CONSERVA EN LA IGLESIA DE S. FRANCISCO.

(Dibujo de 'D. N. Reste'.)



LA ASUNCION, RETABLO ANTIGUO EXISTENTE EN S. FRANCISCO.

(Dibujo de D. N. Restes.)

todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados. «Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del Rey enviéme á Cartama, al Alcaide que en ella estaba, con quien tenia estrecha amistad. Este tenia una hija, casi de mi edad, á quien amaba mas que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la muger, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron: juntos andábamos: juntos comíamos y bebíamos. Nacións de esta conformidad un natural amor, que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomé que entrando una siesta en la huerta, que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis; y dije entre mí: ¡oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! y no aguardando mas fuíme á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á rescibir, y sentándome junto á sí me dijo: hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola? Yo la respondí: señora mia, porque há gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certenidad teneis vos de que seamos hermanos? Yo, dijo ella, no otra, mas del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérasme tanto? No ves dijo ella, que á no serlo, no nos dejára mi padre andar siempre juntos y solos? Pues si ese bien me habian de quitar, dije yo, mas quiero el mal que tengo. Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: ¿y qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo á mí y á vos, dije yo. Yo no te entiendo dijo ella, mas á mí me parece que solo serlo nos obliga á amarnos naturalmente. A mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfria algunas veces: y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que le dije, vila en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallába su imágen, y en mis entrañas la mas verdadera. Y decíame yo á mi mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto mas disculpado moriria yo que Narciso! Y si ella me

amase como yo la amo, ¡qué dichoso seria yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida seria la mia! Diciendo esto levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayan, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) mas dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto mas hermosa que Venus, cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: ¿qué te parece agora de mí, Abindarraez? yo la dije: paréceme que acabais de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora de él. Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada: yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque despues acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos, se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aqui no hubo primeros movimientos que escusar; porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien; mas despues no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenia mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no via en ella me parecia feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenia envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecia el corazón. Y de todo esto creo que no me debia nada; porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El Rey de Granada, por mejorar en cargo al Alcaide de Cartama, envióle á mandar, que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del Alcaide que

á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algun tiempo fuistes enamorado) lo que podriamos sentir. Jun-támonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamento. Yo la llamaba, señora mia, alma mia, solo bien mio, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; ¿apartándose vuestra hermosura de mí, terneis alguna vez memoria de este vuestro captivo? Aqui las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo esforzándome para decir mas, malparia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo; porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lástimas que ella hacia, aunque á mi siempre me parecian pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las horejas: y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo: Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazon: tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada á Coin donde agora voy con mi padre, en teniendo lu-

(Se continuará.)

A. J. G.

Cuando las nubes apagan
Su purpurino arrebol
Y al declinar de la tarde
Se mezclan en confusion,
Cuando en silencio la aldea
Se escucha el fuerte clamor
De la vibrante campana
Que envia al cielo su voz.
Entonces recuerdos tristes
Me llenan el corazon
De una amargura sin nombre
De un no sé qué,.... de un dolor.
Tengo en mis manos la imágen
De la que tanto me amó.
La miro, ¡pienso que es muerta!
Y rezo por ella á Dios
¿Quién dijera que la muerte
Tronchara tan bella flor?
Quien sabe si aun me mira
¿Desde dónde?... que se yo.

F. CASASNOVAS MIR.

LA PICARDIA (1)

En una casita blanca
que á lo léjos se divisa,
como una nívea paloma
que entre el follaje se anida;
sobre una alfombra de flores
que tiernas manos cultivan
cuyos pétalos se mueven
suavemente con la brisa,
dó las avecillas todas
del valle, tienen sus citas
y donde las mariposas
entre capullos anidan;
en aquella casa blanca
suele asomarse una niña
cuya blancura oscurece
el jazmin que ella cultiva,
palideciendo las rosas
al lado de sus megillas
y el clavel mas encendido
sus rojos lábios no imita
ni igualan á sus acentos
ruiseñores cuando trinan....
Por aquella casa blanca
donde se asoma la niña
suele pasar un mancebo
de arrogante gallardía.

Escucha un día, le dijo
su madre á la blanca niña
paseándose entre las rosas
al sol de un hermoso día;
tu, que amas tanto las flores,
que solo del jardin cuidas,
¿me dirás como se llama
aquella flor tan bonita
de la que te diera un mozo
segun dices la semilla?
—Madre, aquella flor se llama
picardia.—Ah...! ¿Picardía...?
Válgame la Virgen Santa,
enredadera atrevida!
En poco tiempo ha trepado
junto á tu ventana misma
y, si á tiempo no la cierras
vendrá, de seguro, un día
que cuando quieras cerrarla
la enredadera lo impida,

(1) Así se llama una enredadera muy bonita que crece en los jardines de las Baleares.

mientras que ahora que es tierna
 como quiera se desvía.....
 Esto decia la madre
 de aquella tan blanca niña
 mientras pasaba un mancebo
 de arrogante gallardía.

Aquella casita blanca
 que á lo léjos se veía
 hoy apenas se distingue
 por estar ennegrecida
 y sus hojas y sus flores
 están todas amarillas
 y en vez de tiernos capullos
 solo crecen allí artigas;
 ya no asoma entre las flores
 aquella tan blanca niña
 que avergonzaba las rosas
 cuando á regarlas salía.
 Abierta está su ventana,
 aquella ventana misma
 por donde entró en otro tiempo
 la enredadera atrevida,
 siendo aquellos tiernos tallos
 hoy mas duros que la encina
 y, tan atrevida, tanto
 ha sido la *picardía*
 que ha llegado al mismo lecho
 donde dormía la niña.....
 Aquella niña tan blanca
 de la tan blanca casita
 por donde pasaba un mozo
 de arrogante gallardía.

Una muger enlutada
 sobre de una tumba fria
 deposita una corona
 de olorosas siemprevivas
 y, alzando al cielo los ojos
 Hija, exclama, ay, hija mia...!
 ¿Porqué no oistes mis ruegos
 cuando á tiempo te decia:
 el amor de este mancebo
 es como la *picardía*.
 Cierra á tiempo tu ventana,
 cierra tu corazon, hija;
 cuando una pasion comienza
 como quiera se desvía
 y mas tarde echara ramas
 aun mas duras que la encina
 empero tu te mostraste
 á mis consejos esquivas
 y penetró la deshonra

por dó entró la *picardía*
 y tu la vida perdiste
 y yo perdí mi alegría.....!
 Hay una tumba parece
 aquella blanca casita
 por donde pasaba un mozo
 de arrogante gallardía.

J. PUGET Y CORRÓNS.

EPÍGRAMAS.

Saber lo que es *cortesana*
 No inquieras inútilmente,
 La etimología es llana,
 Pues lo és quien tan sólamente
 Tiene la corteza sana.

Un instrumento de cuerda
 Quería tocar Caracas;
 Ya es campanero, ya toca
 La cuerda de las campanas.

Si me ves, y no te miro;
 Si me encuentras, y no te hablo;
 Es que Dios, tú, yó... y el ótro
 Sabemos lo que ha pasado.

MEFISTÓFELES.

CUADRADO DE PALABRAS.

• • • • •
 • • • • •
 • • • • •
 • • • • •

Sustituir los anteriores puntos por letras que leidas vertical y horizontalmente digan:

- 1.^a Una clase del Ejército y Armada.
- 2.^a Un infinitivo.
- 3.^a Una prenda de vestir.
- 4.^a Un infinitivo.

La solución en el próximo número.